

El proyecto emancipatorio y el modelo macrodinámico.

Sentido y vigencia del marxismo en el enfoque de Manuel Sacristán

Hugo Contreras Sosa*

...hay un aspecto de la obra de Marx tan incaducable como el Nuevo Testamento o la poesía de Garcilaso, que es su obra de filósofo del socialismo, de formulador y clarificador de valores socialistas.

Manuel Sacristán, 1983

El presente trabajo intenta una reconsideración del sentido y de la vigencia de la obra de Karl Marx y Friedrich Engels, teniendo como hilo conductor el enfoque epistemológico que sobre tal asunto desarrolló el filósofo marxista español Manuel Sacristán Luzón. En lo que respecta al “sentido” se trata de examinar los tipos de fundamentación que se han enfatizado para vertebrar al marxismo en cuanto proyecto emancipatorio moderno, y de eso se ocupa la primera sección del trabajo; en lo que respecta a la “vigencia” se trata de revisar el modelo macrodinámico marxengelsiano a la luz de algunos desarrollos teóricos y políticos inexistentes en el siglo XIX, lo cual se aborda en la segunda sección. En las conclusiones se resumen las ideas principales expuestas a lo largo de las páginas precedentes.

I. El “sentido” del proyecto emancipatorio

La denuncia de los crímenes del estalinismo por parte de Nikita Krushev constituyó un verdadero punto de inflexión político e intelectual para muchos militantes de izquierda socialista o comunista, abriendo también nuevos caminos y respuestas en los cuadros intelectuales. Manuel Sacristán identificó dos grandes vetas de réplica a esta crisis, vetas que, de una u otra forma, replantearon los fundamentos del marxismo como doctrina: la que destacó y cultivó la temprana lectura *filosófica* de Marx acerca de “la cuestión social”, por un lado, y la que se centró en sus escritos de madurez, predominantemente *económicos*, por otro. Sacristán mostró el carácter parcial de ambas respuestas y propugnó una tercera que fuese más allá de la mera integración de las perspectivas filosófica y económica.

* El autor es profesor de la División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, UNAM.

A. Sobre la fundamentación filosófica y económica del marxismo. Debido a que se reprodujeron diversas anotaciones suyas que no estaban dirigidas al público sino destinadas a autoesclarecerse (sus *Tesis sobre Feuerbach* y los documentos publicados como *Manuscritos económico-filosóficos* y *Cuadernos de París*, entre otros), el talante filosófico del joven Marx es conocido más allá de los escritos que sí estaban dirigidos a terceros antes de 1848 (tales como su tesis doctoral sobre Demócrito y Epicuro, o *La Sagrada Familia*, por ejemplo). Y puede especularse que a partir de la publicación de su borrador de trabajo de 1857-1858, conocido como *Líneas fundamentales para la crítica de la economía política*, la polémica no hizo sino arreciar debido a que ambas vetas creyeron encontrar en él confirmaciones varias.

Los marxismos que entendieron a Marx en un sentido predominantemente filosófico no tuvieron la misma actitud en cuanto a la calidad científica de su obra, les bastaba con el hecho de que con él pudiesen conferir un “sentido” a la idea de vida social y de su transformación. Entre ellos la cientificidad no es un ítem candente: “no se nota ninguna perturbación importante por cosas así en corrientes que entienden a Marx más bien como un filósofo social, o como un filósofo de la cultura, al modo de la escuela de Frankfurt; ni tampoco entre los que leen a Marx principalmente como a un filósofo de la revolución, lo que alguna vez se llamó «marxismo occidental», con la escuela de Lukács y otras tradiciones; todos estos, o casi todos estos, coinciden hoy en la necesidad de revisiones más o menos importantes de modos de pensamiento presentes en la obra de Marx, o de tesis de éste. Pero en ninguna de estas corrientes aludidas se percibe la situación de crisis teórica y práctica como un derrumbamiento” (Sacristán, 1978a).¹

Los países de Europa Occidental en los cuales tuvo amplia expresión la tesis de que Marx era, antes que nada, un científico fueron Italia y Francia, y la reivindicación del aserto corrió a cargo de Lucio Colletti y de Louis Althusser y Philippe Sollers, respectivamente, así como de sus numerosos discípulos en varias grandes ciudades latinoamericanas. Uno de los libros más representativos de esa posición científicista² lo fue *Leer El capital* (conocido

¹ En cuanto al gremio, debe decirse que Sacristán era profesor de Metodología en la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona: “[l]os economistas, por su parte, se consideren marxistas o no, suelen desde antiguo ver en Marx, simplemente, un clásico, tan inspirador como cualquier otro de una tradición que unos economistas modernos cultivan, otros rechazan, ninguno debe sacralizar y todos pueden considerar interesante” (Sacristán, 1978a).

² El grupo de Radovan Richta en Europa Oriental fue también parte de ese hincapié en la cientificidad marxiana.

en nuestro país como *Para leer El capital*), pensado “provocativamente: como protesta contra la moda del «joven Marx», contra la creciente tendencia a leer a Marx como puro filósofo” (Sacristán, 1968b). “Las interpretaciones que hacían de Marx Althusser y Colletti coincidían en basarse en la idea de un corte completo entre el Marx maduro y su formación filosófica anterior, que fue principalmente hegeliana. El caso de Sollers es pintoresco; en su época de infatuación marxista-leninista-pensamiento Mao Tse-tung había sido fértil en graciosas frases como la mencionada de que el marxismo-leninismo es la única ciencia social moderna” (Sacristán, 1978a).

Un último ejemplo que vale la pena mencionar acerca de la lectura científica de Marx es el de Jindrich Zeleny, quien desde Praga desarrollase una documentada investigación acerca de la estructura lógica de *El capital* “en el contexto –diría el propio Zeleny– de la concepción marxiana de la racionalidad y de la superación de la ontología tradicional” a principios de los años sesenta. Sacristán vió ese texto como “la elaboración más seria del punto de vista de reacción al entusiasmo por los escritos del joven Marx que fue parejo de la crisis del dogmatismo estalinista”, “su solidez, la calidad científica, de la investigación de Zeleny, le evita presentar, en el plano epistemológico, hinchadas vaciedades como contenido de la revolución del concepto de ciencia por el marxismo”. Allí Marx “no aparece descubriendo continentes más conocidos que el Mediterráneo –como en la retórica francesa–, sino intentando con un éxito importante algo que estuvo desde antiguo presente en la intención intelectual de todos los pensadores revolucionarios: articular racionalmente el conocer con el hacer, lo que se sabe del mundo social con la voluntad de revolucionarlo”.

A pesar de no coincidir con la interpretación de Zeleny pero siempre resaltando su meticuloso estilo, Sacristán considera positivo el hecho de que el debate sobre la científicidad del marxismo dé un paso más (siempre, claro, dentro del debate más general sobre el Marx joven, filósofo y profeta, por un lado, y el Marx maduro, economista y científico, del otro). Por eso afirma –apenas en las solapas del libro que Sacristán mismo tradujo en 1974³– que el ensayo del filósofo centroeuropeo, a quien califica como “un escritor de pensamiento inequívocamente socialista”, “podría contribuir a poner, por fin, en un marco exacto, limpio de retórica e imprecisión parisiense, la lucha

³ Estas líneas de presentación del volumen de Zeleny fueron recogidas, años después, en una compilación póstuma de escritos de Manuel Sacristán.

entre los que creen que en el principio de la dialéctica revolucionaria está la Palabra y los que creen que está la Acción”.

B. El planteamiento totalizador. A diferencia de los marxismos filosófico y cientificista, el planteamiento totalizador que es propio de Sacristán parte de una comprensión muy específica de la idea de comunismo, caracterizándolo no sólo como una doctrina sino como una intervención consciente y organizada en la lucha de clases, y retomando su imbricación con la actividad científica y filosófica (“la tradición marxista no es una tradición teórica pura. Es una tradición política, una intervención consciente y organizada en la lucha de clases, sobre la base de un fundamento científico en sentido estricto y un fundamento todavía más amplio de carácter filosófico”, según el autor español [Sacristán, 1983d]).⁴ De allí la convergencia con Labriola acerca de que la crítica comunista tendría que estar sustentada en el saber de la época: “aceptando en un plano bastante general una identificación del marxismo como comunismo científico, lo científico era en él, por así decirlo, adjetivo, instrumental a lo sustantivo que era el objetivo político, la naturaleza política de ese pensamiento y de su práctica, y ahora podemos añadir que dentro de ese instrumental científico ocupa el primer lugar de importancia el económico.

“La razón es bastante clara: no se trata de ningún privilegio *a priori*, decidido por tendencia cultural o psicológica, sino por el hecho de que tratándose de un pensamiento emancipatorio, y también científico, en el sentido de explorador de las condiciones de posibilidad de la emancipación o revolución o movimiento libertario, o como se le quiera llamar a eso que tiene una antigüedad milenaria, es claro que las condiciones de posibilidad son, en este caso, condiciones no de posibilidad puramente lógica, puramente formal, sino condiciones materiales de posibilidad y esas condiciones materiales de posibilidad tienen su ámbito privilegiado en lo que solemos llamar [ámbito] económico. Digo «lo que solemos llamar» porque el concepto de «lo económico», precisamente cuando se trata de marxismo y se tiene presente la experiencia de la enseñanza académica de la economía, no es tampoco ningún concepto sin problemas” (Sacristán, 1977).

⁴ Y en relación a la enseñanza superior Sacristán acota allí mismo: “[c]laro que ha habido y hay académicos que cultivan la problemática marxista sin ningún interés político, pero eso no es lo esencial de la tradición marxista, sino que es un fenómeno más bien marginal (y que hoy día apenas se da en Europa, aunque me parece que en México tiene cierta importancia).”

Pero mucho de eso, presente con visible rotundidad en el Marx maduro, estaba en germen en el Marx de 1844: “se puede decir que el Marx de 1844 es el primer Marx *temáticamente* completo”, interpretable, en principio, en clave leninista: “el marxismo *temáticamente* completo cuenta con tres fuentes y partes: la filosofía clásica alemana (con la que critica la cultura capitalista y clasista en general), la economía política inglesa (bisturí con el que reseca «la anatomía de la sociedad») y la política revolucionaria francesa (impulso y tradición cultural que da nombres –libertad, igualdad, comunidad, etc.– a los objetivos despejados y fundamentados por la crítica) (...). Pero habría que añadir una fuente más a estas tres que Lenin indica (...). Esta cuarta fuente –primera en importancia y segunda (tras la filosofía) en la biografía de Marx– es el movimiento obrero” (Sacristán, 1973).

No se trata, entonces, de que haya que negar un contenido teórico explícito en el pensamiento marxista sino de evitar que ese núcleo de teoría, inserto en un marco de finalidades sociopolíticas a pleno sol, se confunda con la noción hoy corriente de “teoría”, que es una sistematización de tipo axiomático o cuasiaxiomático. *Este es un punto cardinal para entender el enfoque totalizador, epistemológicamente fundado, de Manuel Sacristán.* “Pasiones, entusiasmo y sufrimientos no están al margen de la obra científica de Marx. Sin duda no hay que confundir el estímulo de un esfuerzo con sus resultados. Pero en el caso de Marx el resultado mismo es una síntesis. Síntesis de filosofía (formulación de los fines), economía (estudio de la realizabilidad de los fines) y política (estudio y realización de la práctica inmediata al servicio de los fines). Si en vez de esta síntesis, nunca perfecta, siempre en realización, se toma el *sistema* perfecto de tesis filosóficas, económicas y político-científicas de Marx y se entiende que esto es el marxismo, el sarcasmo de Marx repetirá: «Yo no soy marxista»” (Sacristán, 1973).

Es en este contexto de síntesis totalizadora en el que se diferencia mejor la dialéctica de Marx de la teoría estándar, así como la importancia de la proyección práctica de su reflexión. “[E]l tipo de validez de una totalización dialéctica no es el mismo que el tipo de validez de un trozo de teoría física, química o de teoría económica académica (por ejemplo, de política o de teoría monetaria). Esto es una verdad que hay que saber. Esto hace grotesco todo intento de decir que el marxismo *ha demostrado* que de esta sociedad se pasará a través de una transición a una sociedad comunista. Nada de esto es demostración. Demostración es lo que se obtiene en un cuerpo teórico formalizado mediante una serie de reglas fijas, bien definidas y con una aplicación limitada. Esto es demostrar; lo otro no es demostrar, es argüir y esperar una totalización confirmada o no en la práctica” (Sacristán, 1977).

El otro aspecto citado de la síntesis marxista, el de la práctica, también se asocia a su comprensión científica y hasta doctrinal. “El trabajo científico de Marx es la fundamentación de una práctica integralmente social, no parcialmente social como pueden serlo la práctica tecnológica o la artística, las vertientes en que otras actividades científicas –la física, por ejemplo, o la geometría– son también a su modo fundamentación de prácticas.” Así, “[l]a miseria de una doctrina revolucionaria puramente especulativa, sin conocimiento científico, consiste en que no puede pasar de una definición vaga de sus objetivos. No puede mostrar la realizabilidad de éstos, ni descubrir el agente que mueve la sociedad hacia ellos” (Sacristán, 1973). He ahí lo que da sentido al proyecto emancipatorio.

Otros enfoques. El planteamiento totalizador de Sacristán no implica desdén alguno hacia esfuerzos especializados de alto nivel o falta de atención hacia autores con otras filias, autores que han promovido la idea de que los escritos económicos de Marx son ya obsoletos. En cuanto a esto último Sacristán llamó la atención sobre Benedetto Croce y Joseph Schumpeter, dos autores con “dilatada lectura de Marx”. Resulta apropiado por eso “considerar un momento el tipo de estimación de *El capital* –mucho más deseosa de decencia objetiva académica– característico de los grandes autores que no pueden permitirse, por su personalidad científica, una apología directa del capitalismo a través de una refutación grosera del libro de Marx, ni, por otra parte, pueden prescindir tampoco, dada su posición de clase, de una apología indirecta de ese orden por medio de una sesuda justificación de la tesis de la caducidad de *El capital*. Schumpeter es, probablemente, la más alta autoridad de esta distinguida categoría” (Sacristán, 1968b).

En el caso de Croce, cuya comunidad histórico-cultural con Schumpeter era para Sacristán muy notable, hay una crítica dirigida a todos los escritos económicos de Marx porque no componen un tratado en forma sino cánones para interpretar el pasado más unas cuantas proposiciones propiamente teóricas más un impulso elíptico hacia otro tipo de sociedad. En otras palabras, Croce sostendría que “la ciencia económica ha conseguido ya formas de teoría pura –como la física o la biología– neutrales respecto de toda empresa o todo programa político-social; la obra de Marx, como la de Ricardo, es anterior a ese nivel teórico; luego es una obra caducada”. Y Sacristán adelanta: “hay que aprender de esa liquidación sutil de *El capital* (...) porque recoge un hecho, aunque sólo sea para convertirlo en eje de una apología indirecta del capitalismo”: que “la lectura de la mayoría de las páginas del Marx maduro (...) da inmediatamente la impresión de que uno está leyendo *otro tipo de li-*

teratura que el que tiene delante cuando lee un tratado de teoría económica” (Sacristán, 1968b).⁵

En cuanto a los esfuerzos especializados la opinión de Sacristán era que “siempre será una operación admisible y con sentido la crítica meramente científica de los elementos meramente teóricos de la obra de Marx. Como también lo es la operación que consiste en continuar, completar y desarrollar los aspectos puramente teóricos de esa obra (como hizo Hilferding), o el conjunto de su praxeología (como hizo Lenin). Lo único realmente estéril es hacer de la obra de Marx algo que tenga por fuerza que encasillarse en la sistemática intelectual académica: forzar su discurso en el de la pura teoría, como hizo la interpretación socialdemócrata” y los althusserianos, “o forzarlo en la pura filosofía, en la mera postulación de ideales”, como lo hacían “numerosos intelectuales católicos tan bien intencionados como unilaterales en su lectura de Marx” (Sacristán, 1968b).

II. Sobre la vigencia del modelo macrodinámico

Existen, al menos, dos o tres maneras de abordar el modelo macrodinámico con el que opera el proyecto emancipatorio marxiano. La primera es la que corresponde a la noción técnica de “modelo” en su forma dinámica, como es usual entre economistas estándar, al modo como lo hiciera Michio Morishima en *Marx's economics. A dual theory of value and growth* en Cambridge (citado por Sacristán): “Se puede decir sin exagerar que antes de Kalecki, Frisch y Tinbergen, ningún economista, excepto Marx, obtuvo un modelo macrodinámico construido rigurosamente por medio de un método científico (...). Nuestro acercamiento a Marx es distinto del de la llamada economía marxista. (...). Nuestra intención es reconocer la grandeza de Marx desde el punto de vista de la teoría económica moderna avanzada y, haciendo esto, contribuir al desarrollo de nuestra ciencia”.

La segunda manera, la de los economistas marxistas, puede simplemente ejemplificarse con el intenso debate sobre el “derrumbe del capitalismo” y, en especial (y sin demérito de Natalie Moszkowska y otros), con la obra

⁵ Ahí mismo Sacristán remataba: “Y la diferencia no se puede explicar sólo por factores ideológicos, esto es, por el hecho de que la mayoría de textos económicos, didácticos o de investigación, que uno lee aquí y ahora arraigan inequívocamente en la base y en la cultura burguesas. Esa explicación no basta, porque también se aprecia una gran diferencia de género de lectura entre gran parte de *El capital* y las exposiciones de Lange, Strumilin o Dobb, por ejemplo, acerca del funcionamiento de economías socialistas”.

cumbre de Henryk Grossmann sobre la ley de la acumulación capitalista. Pero es la tercera vertiente la que aquí interesa establecer, porque se trata de destacar la clarificación epistemológica que al respecto brinda el enfoque totalizador del marxismo presente en la obra de Manuel Sacristán. El punto de partida será la evaluación del modelo a la luz de la trayectoria capitalista que conocemos, contrastándolo con la idea de “progreso”, y luego se insertará en una maqueta más amplia que contemple las vicisitudes entre el programa emancipatorio y la concepción comunista del mundo.

Una vez estudiados diversos asuntos en su *Borrador* de 1857-1858 (o *Grundrisse...*), Karl Marx expone en 1859 que “en la producción social de su existencia los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales (...). En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes (...). Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social (...). Así como no se juzga a un individuo de acuerdo a lo que éste cree ser, tampoco es posible juzgar una época semejante de revolución a partir de su propia consciencia, sino que, por el contrario, se debe explicar esta consciencia a partir de las contradicciones de la vida material, a partir del conflicto existente entre fuerzas sociales productivas y relaciones de producción” (Marx, 1859).

Sacristán evalúa el modelo así resultante e incorpora las notas privadas del *Borrador*: “la concepción general considerada se concreta en la obra posterior de Marx, y en parte en el mismo *Borrador* de 1857/1858, en un modelo macrodinámico cuyo centro es un determinado mecanismo que del modo más fiel al pensamiento y al léxico de Marx habría que llamar «posibilitador», «fundamentador», y no determinantemente causal (...). La tesis de la contradicción básica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción se presenta en el *Borrador* de 1857/1858 con formulaciones que subrayan su aspecto técnico”, pero “la clave de bóveda de la solución de la contradicción básica, el *punctum saltans* de la emancipación, es todo lo contrario de un hecho técnico: es la transformación del individuo, su conversión, por así decirlo” (Sacristán, 1983d).

Mientras la idea de trabajo comunista, desarrollada en 1857-1858, se sostiene en una transformación del modo de vida de los individuos posibilitada por la ciencia y la técnica, “[e]n el manuscrito de 1861/1863 y en *El capital* son bastante numerosas las ocasiones en que el hilo de la discusión mueve

a Marx a escribir versiones muy condensadas y simples, hasta crudas, del modelo de cambio social revolucionario que sostiene desde la segunda mitad de los años 1840", un modelo en el cual se llega a aceptar la ricardiana "producción por la producción" porque no obstante que "se realiza al principio a costa de la mayoría de los individuos humanos y de enteras clases humanas –según escribe Marx–, quiebra al final ese antagonismo y coincide con el desarrollo del individuo singular". Pero, para Sacristán, "el «lado malo» del proceso tiene una dimensión profunda que afecta a las raíces de la vida de la especie. Esa dimensión motiva un análisis ecológico que no coincide exactamente con el que más comúnmente se asocia con el pensamiento de Marx (el análisis de las condiciones de vida de la clase obrera industrial naciente), pero lo engloba" (Sacristán, 1983d).

En otro contexto, interrogado acerca de si "¿el planteamiento ecologista llevaría a una reformulación de la estrategia seguida por los partidos comunistas?" Sacristán reivindica la pertinencia del modelo macrodinámico: "[m]e parece preferible estudiar la cuestión en un plano más profundo que el de la estrategia, y lógicamente anterior a él. (...) yo creo que el modelo marxiano del papel de las fuerzas productivas en el cambio social es correcto; creo que la historia conocida sustancia bien la concepción marxiana; ésta es coherente en el plano teórico y plausible en el histórico empírico. De modo que no creo que sea necesario revisar esa tesis. Tampoco me propongo proceder como hizo Croce a principios de este siglo: practicar una especie de balance según el cual el modelo marxiano ha respondido bien hasta el siglo xx, pero ahora ya no funciona. No: esa distinción entre pasado y presente, además de imprecisa, me parece insuficientemente fundada.

"Estaría relativamente justificada una distinción entre pasado y presente que adoptara como línea divisoria precisamente la obra de Marx, es decir, la toma de consciencia potencial, por la clase obrera en concreto y por tanto por la especie humana, de la eficacia de esas fuerzas productivas en el cambio social; en la medida en que esa toma de consciencia facilita cierto poder sobre ellas, se podría decir que a partir de Marx la situación cambia, al menos intelectualmente. Pero eso, en mi opinión, no anula la validez del esquema de Marx al respecto. No, la novedad no consiste en que hayamos descubierto que el modelo es falso. El modelo es adecuado. La novedad consiste en que ahora tenemos motivos para sospechar que el cambio social en cuyas puertas estamos no va a ser necesariamente liberador por el mero efecto de la dinámica, que ahora consideramos, de una parte del modelo marxiano. No tenemos ninguna garantía de que la tensión entre las fuerzas productivo-destructivas y las relaciones de producción hoy existentes haya de dar lugar

a una perspectiva emancipatoria. También puede ocurrir todo lo contrario (Sacristán, 1983c).

Sacristán profundiza entonces en la respuesta al entrevistador, el también filósofo Gabriel Vargas Lozano (que es la persona a la que debemos estas valiosísimas reflexiones), acerca del plano de revisión del pensamiento socialista: “Como ya he dicho, no en el plano teórico. La tensión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción siguen siendo una constatación realista y de considerable capacidad explicativa de la historia que conocemos, de nuestro presente y de las posibles proyecciones futuras de éste. En este punto es bueno recordar que, al precio de cierta ambigüedad, el esquema marxiano no es determinista (...). [L]a plausibilidad del esquema marxiano, por un lado, con su carácter no determinista, y la potencialidad visiblemente ambigua de las fuerzas productivo-destructivas hoy en desarrollo, por otro, sugieren que el plano en el cual hay que practicar una revisión de cierto optimismo progresista de raíz dieciochesca, presente en las tradiciones socialistas, es el plano de la valoración política.

“El problema es cómo reaccionar políticamente ante la presente tensión entre las fuerzas productivo-destructivas en desarrollo y las relaciones de producción existentes. Y lo principal de la solución que me parece adecuada consiste en alejarse de una respuesta simplista que se base en una confianza inalterada en el sentido emancipatorio del desarrollo de las fuerzas productivo-destructivas. Si se quiere formular esto de forma más filosófica, se podría sugerir que se trata de romper con el resto de hegelismo que empuja a confiar en las supuestas leyes objetivas del desarrollo histórico. Por el contrario, habría que entender que un programa socialista no requiere hoy (quizá no lo requirió nunca) primordialmente desarrollar las fuerzas productivo-destructivas, sino controlarlas, desarrollarlas o frenarlas selectivamente. Y si se prefiere decir lo mismo de una forma más imaginativa, se podría empezar por señalar que hoy debería estar ya clara la inadecuación, por ingenuidad, de una célebre frase de Lenin según la cual el comunismo son los soviets más la electricidad. No se ve que la célebre presa del Dniéper haya acercado mucho el comunismo. Más bien se puede sospechar que la organización férrea de la sociedad para producir ese tipo de obras ha contribuido considerablemente a destruir los soviets” (Sacristán, 1983c).

Apoyado en tales consideraciones Sacristán plantea que la autocritica del pensamiento socialista debe operar reforzando el factor subjetivo revolucionario, a pesar de su mala situación en los países de capitalismo avanzado. Varios de los problemas que Marx y Engels habían considerado como de solución factible para una futura sociedad comunista, están ya entre nosotros, como la ruptura que las grandes ciudades provocan en el vínculo del indi-

viduo con la naturaleza. O con el muy alto crecimiento poblacional: “Hasta después de muerto Marx no empezará a sospechar Engels, cuando contesta a preocupaciones de Kautsky, que a lo mejor Malthus tenía un poco de razón, y sólo entonces deja de confiar en la dialéctica de las leyes históricas y se pone a investigar y argumentar por qué el problema demográfico, «si se presenta», será más fácil de resolver en el socialismo que en el capitalismo (Sacristán, 1983b)”.

Por último, para aproximar la idea del proyecto emancipatorio con la del modelo macrodinámico han de considerarse las vicisitudes entre el programa político y la concepción comunista del mundo, sobre cuya interacción se pone en marcha la crítica epistemológica de Sacristán. Dicha interacción es analizada por Sacristán distinguiendo, primero, entre “programa”, entendido como “propuesta crítica de objetivos y medios”, y “concepción del mundo”, entendida no ya como “una serie de principios que dan razón de la conducta de un sujeto, a veces sin que éste se los formule de un modo explícito” sino como una “síntesis especulativa de incierta validez teórica con valoraciones pragmáticas no explícitas como tales”, y donde el conocimiento científico tiene que jugar un papel fundamental.

En efecto, “un programa práctico racional tiene que estar vinculado con el conocimiento positivo, con las teorías científicas, pero no puede deducirse de ellas con medios puramente teóricos, porque el programa presupone unas valoraciones, unas finalidades y unas decisiones que, como es natural, no pueden estar ya dadas por la teoría, por el conocimiento positivo. Por tanto, la fundamentación del programa práctico en la teoría, en el conocimiento positivo –fundamentación que se produce en el seno de una interrelación dialéctica de la que sabemos poco– requiere una mediación. Pues bien: la concepción del mundo propiamente dicha, seudoteoría mezclada con valoraciones y finalidades, cumple esa función mediadora con engañosa eficacia: su vaga naturaleza intelectual y su escaso rigor discursivo permiten transiciones, casi no sentidas por el sujeto, a través de las cuales van sumándose a los conocimientos positivos especulaciones valorativas que parecen conducir con necesidad lógica al programa, a la práctica.

“El único defecto de esa mediación es definitivo: consiste en que resulta científicamente insostenible y se hunde en cuanto se la examina con los medios de la crítica epistemológica. Esa crítica muestra en seguida los pasos de falacia naturalista en sentido estricto en el seno de la *concepción del mundo propiamente dicha* (esto es, de los seudosistemas de corte romántico): pasos en que la argumentación aparentemente teórica desliza juicios pragmáticos de valor o de finalidad *no reconocidos como tales*. No hay duda de que entre el conocimiento y el programa, entre la teoría y la formulación de la práctica, hay

una relación dialéctica integradora que exige una mediación no menos dialéctica. Esa mediación no puede ser la inconsistente fusión de conocimientos, valoraciones y finalidades sofisticadamente tomados todos como elementos intelectuales homogéneos. La mediación tiene que ser producida entre una clara consciencia de la realidad tal como ésta se presenta a la luz del conocimiento positivo de cada época, una consciencia clara del juicio valorativo que nos merece esa realidad, y una consciencia clara de las finalidades entrelazadas con esa valoración, finalidades que han de ser vistas como tales, no como afirmaciones (pseudo-)teóricas” (Sacristán, 1967).

De manera que Sacristán rechaza la indistinción entre la teoría y la decisión de aplicarla con fines determinados (que en eso consiste la “falacia naturalista”), y la expresa ahora como la mezcla entre aseveraciones científicas y aseveraciones programáticas con una argamasa llamada “concepción del mundo”. “[L]a consciencia crítica no puede ser albergada por la magnificencia sin cimientos de las «concepciones del mundo» estructuralmente románticas, de esos megalitos especulativos viciados por el paralogismo que no distingue entre el modo de validez de los conocimientos positivos y el de las estimaciones globales, entre la gran fuerza cohesiva de la teoría positiva y el arenoso barro que sólo ficticiamente une los adobes de los grandes sistemas filosóficos.” Ahora bien, “[s]e puede seguir llamando –si la expresión ha arraigado ya definitivamente– «concepción del mundo» a la consciencia de esa mediación dialéctica. Pero acaso fuera más conveniente terminar incluso en el léxico con el lastre especulativo romántico. Algunos historiadores de la ciencia han usado otros términos menos ambiciosos y que tal vez serían útiles para separarse de la tradición romántica: por ejemplo, visión previa, hipótesis generales, etc.” (Sacristán, 1967).⁶

⁶ “Dicho sea incidentalmente, sólo esa claridad epistemológica puede explicar que, con los mismos conocimientos positivos, un hombre sea reaccionario y otro revolucionario. Sólo un análisis epistemológico suficiente ofrece con claridad una inserción adecuada al análisis que busca las posiciones de clase del pensamiento. Ese problema ha sido, en realidad, siempre irresoluble para la tradición culturalista, cuyo pan-ideologismo, al homogeneizar todo el campo de la consciencia reflexiva, suprime en él toda dialecticidad. Desde el punto de vista epistemológico –lo que ahora quiere decir: ignorando el otro aspecto de la cuestión, el movimiento que va del programa práctico a la teoría–, la zona de mediación que vincula, sin homogeneizarlos, el campo de la teoría con el de la práctica y su formulación es el punto de inserción de la influencia de las posiciones de clase, el ámbito de estudio para lo que Gramsci, sensible espectador del nacimiento de nuevos problemas teóricos, llamó la teoría [social] del error” (Sacristán, 1967).

El propio Sacristán hará uso de esas expresiones (como en la “Carta de la redacción del núm. 1 de *mientras tanto*”, en 1979), pero desarrolla otras, en la misma dirección, probablemente más fecundas. Lo que se propone Marx en su madurez, según Sacristán, es “*fundamentar y formular racionalmente un proyecto de transformación de la sociedad*”. Esta especial ocupación –que acaso pudiera llamarse «praxeología» de fundamentación científica de una práctica– es el «género literario» bajo el cual caen todas las obras de madurez de Marx, y hasta una gran parte de su epistolario. Por ello es inútil leer las obras de Marx como teoría pura en el sentido formal de la sistemática universitaria, y es inútil leerlas como si fueran puros programas de acción política. Ni tampoco son las dos cosas «a la vez» (...): sino que son un discurso continuo, no cortado, que va constantemente del programa a la fundamentación científica, y viceversa” (Sacristán, 1968b).

“Es obvio –y desconocerlo sería confundir la «praxeología» marxiana con un pragmatismo– que esa ocupación intelectual obliga a Marx a dominar y esclarecer científicamente la mayor cantidad de material posible. (...) [L]a actitud de Marx, la actitud que aquí se propone llamar «praxeológica», ante la teoría pura no es ni puede ser de desprecio o ignorancia. La relación entre el «género literario» praxeológico y el de la teoría pura (en sentido fuerte o formal) no es de antagonismo, sino de supraordinación: para la clarificación y la fundamentación de una práctica racional la teoría es el instrumento más valioso, aparte de su valor no instrumental, de conocimiento. Marx lo ha sabido muy bien –todavía hoy admira su erudición– y eso hace de él, precisamente, una figura única en la galería de los grandes revolucionarios de la historia” (Sacristán, 1968b).

Conclusiones

El sentido del proyecto emancipatorio de Marx puede trabajarse mediante las lecturas o enfoques que diversos marxismos van haciendo suyos. Después de la crisis del estalinismo se expande una lectura filosófica de la obra de Marx, con gran atención a sus escritos juveniles y al sentido profético de sus reflexiones tempranas. Muy poco después, y parcialmente como reacción, surgen autores que hacen hincapié en el Marx maduro, el Marx de *El capital* con sus proposiciones científicas. La contraposición entre filosofía y economía en el marxismo post-estaliniano es enfrentada por Manuel Sacristán con una perspectiva integradora que esclarece y equilibra las tres fuentes y tres partes del marxismo que resaltara Lenin (la filosofía, la economía y la política) al afirmar la centralidad del movimiento obrero. Hay también

enfoques que desarrollan aspectos singulares de la obra de Marx, como los de Grossmann o Hilferding, y enfoques que lo enfrentan directa o indirectamente, como los de Benedetto Croce o de Schumpeter.

Dentro del abanico de posibilidades para cultivar el modelo macrodinámico, Sacristán resalta que la idea está presente en Marx desde la segunda mitad de los años cuarenta del siglo XIX y hasta mediados de los años cincuenta (cuando Marx relee a Hegel y decide también pasar del álgebra al cálculo infinitesimal) pero da un salto irreversible a fines de los años cincuenta con la redacción de un *Borrador*, primero, y con la aparición de la *Contribución a la crítica de la economía política*, después. El siguiente ciclo va de las *Teorías de la plusvalía* a *El capital*. Sacristán afirma que el modelo es coherente en el plano teórico y plausible en el histórico empírico, pero se necesita depurarlo de optimismo progresista de raíz dieciochesca en lo que hace a las fuerzas productivas y discutir el plano de la valoración política, así que la autocrítica del pensamiento socialista debe operar reforzando el factor subjetivo revolucionario, a pesar de su mala situación en los países de capitalismo avanzado.

Finalmente, el proyecto emancipatorio y el modelo macrodinámico, en cuanto componentes del marxismo, permiten reconocer que el programa político y la ciencia son impropriamente homogenizados por la concepción (comunista) del mundo. A fin de no incurrir en la falacia naturalista y clarificar al propio marxismo, Sacristán sugiere –inspirado por los historiadores ingleses de la ciencia– modificar la expresión “concepción comunista del mundo” por otras como visión previa o hipótesis generales. Pero, en mi opinión, podría también hablarse de un paradigma praxeológico comunista –integrando las nociones de Thomas Kuhn y del propio Sacristán–, que absorbiese las nuevas y potentes herramientas a disposición de las ciencias sociales durante las últimas tres décadas o poco más, que es cuando se intensifica el proceso por el cual las nuevas teorizaciones se fecundan con nuevos dispositivos formales provenientes de la estadística y de la econometría, además de otros. Pero esto último ya no se explicitó o fundamentó en estas páginas, y queda para mejor oportunidad ■

Bibliografía

- Marx, Karl (1859 [1980]), *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI Editores, México.
- Sacristán, Manuel [MSL] (1967), "Sobre el uso de las nociones de razón e irracionalismo en Lukács", en MSL, 1983a.
- (1968a), "Por qué leer a Labriola", en MSL, 1983a.
- (1968b), "¿A qué «género literario» pertenece *El Capital* de Marx?", en MSL, 2004.
- (1973), "Karl Marx", en MSL, 1983a.
- (1977), "Sobre economía y dialéctica", en MSL, 2004.
- (1978a), "El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia", en MSL, 1983a.
- (1978b), "Coloquio: «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia»", en MSL, 2004.
- (1979), "Carta de la redacción del núm. 1 de *mientras tanto*", en MSL, 1987.
- (1983a), *Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales I*, Icaria Editorial, Barcelona.
- (1983b), "¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?", en MSL, 1987.
- (1983c), Entrevista concedida a la revista *Dialéctica* año VIII núm. 13, UAP, México, junio; en MSL, 1987.
- (1983d), "Karl Marx como sociólogo de la ciencia", *mientras tanto* núm. 16-17, agosto-noviembre, Barcelona.
- (1987), *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Icaria Editorial, Barcelona.
- (2004), *Escritos sobre El capital (y textos afines)*, editan Fundación de Investigaciones Marxistas, El Viejo Topo, Barcelona.